

<http://dx.doi.org/10.12795/RAA.2015.i08.07>

AIME, MARCO (2014) *La mancha de la raza. Carta a un niño rumano*. Oviedo: Cambalache. 69 pp.

David Lagunas
Universidad de Sevilla

Marco Aime es un antropólogo de la Universidad de Génova. Es autor de una amplia producción científica así como de varias obras de narrativa. El libro *La mancha de la raza* es la traducción al castellano de la versión original en italiano aparecida en 2009. Aime se dirige en este libro, en forma de carta, a Dragan, un niño extranjero en Italia. Dragan es un gitano rumano. Y tiene un dedo manchado de tinta negra. El antropólogo trata de explicarle los efectos de la “mancha de la raza” por el hecho de que los niños gitanos en Italia sean obligados a registrar sus huellas dactilares en nombre de la seguridad del país.

El libro ilumina el complejo carácter del racismo actual. Tomando casos concretos de discriminación y racismo hacia los extranjeros e inmigrantes Aime compone reflexiones profundas. La población extranjera, los refugiados y los inmigrantes en Italia son un conjunto mal conocido, sujeto a abstracciones y fantasmagorías. En primer lugar, son nombres históricos y externos que despersonalizan y a la vez clasifican a personas de carne y hueso, como Dragan. Aunado a ello, aparece una escasez crónica de traducción de lo interno de estas poblaciones, articulada con una serie de proyecciones fantasmáticas que se basan en una combinación de diferentes elementos: deshistorización y desnacionalización sistemáticas, pseudoterritorialización, construcción del nacionalismo, estereotipos, etc. Este hecho, a su vez, construye una mitología popular discriminatoria y nociva que emplea términos simplistas como el mismo vocabulario. “Igual que los griegos necesitaban a los bárbaros para sentirse civilizados” hoy se proyectan todos los males hacia el extranjero.

La brecha respecto a la opinión pública sobre los extranjeros y migrantes es enorme, lo cual permite anticipar los elementos de una coyuntura mental.

La percepción es selectiva e inferencial y la categorización instantánea de los otros se produce simultáneamente en la percepción, creando con ello una representación compartida por la ciudadanía. La hostilidad es vivida cotidianamente respecto a los extranjeros y migrantes en un plano más emocional que cognitivo y está basada en experiencias de un estereotipo construido en la historia nacional italiana. El estereotipo es un perverso juicio de clasificación moral que como dispositivo pretende dar una definición colectiva, una arquitectura vacía de esencia y que remite a una topografía imaginaria de los otros frente a los “normales”.

Contra esta topografía se revela Aime, quien critica los efectos perversos del olvido y la desmemoria del fascismo y de las leyes raciales de 1938, del colonialismo italiano en África así como el mito construido de los italianos como “gente brava” que tendía a familiarizarse con los nativos, todos ellos episodios vergonzosos de la historia nacional italiana. Aime reflexiona sobre la emigración que también se dio en el pasado entre los italianos que llegaron a América, Europa o Australia buscando una vida mejor -como Dragan- y fueron discriminados, maltratados y ofendidos. Ellos son de la misma estirpe que los africanos que han emigrado a la fuerza, los gitanos liquidados en los campos de concentración nazis o los niños africanos Anguin y Fodé que murieron encerrados en el tren de aterrizaje de un avión que tendría que haberles transportado a Europa en agosto de 1999. La conclusión de Aime es que un país que no ha sabido hacer justicia con el pasado es un país de “hombres huecos”, como dice T. S. Eliot en *The Waste Land*, una obra que también sirvió de referente a John Milius, guionista de *Apocalipsis Now* de Coppola, para mostrar la locura de la guerra de Vietnam.

A lo largo del libro Aime se recrea en la idea de que el ideal universalista se ha liquidado y en las últimas décadas ha surgido un racismo ordinario y banalizado que invoca la “tierra y la sangre”, que se inquieta por los extranjeros, refugiados e inmigrantes y que alimenta un enemigo imaginario. Es la violencia social que fabrica el racismo de la ideología nacionalista. La mancha de tinta negra en el dedo de Dragan significa que existe para el Estado. La tierra y la sangre significan que no basta nacer para existir sino tener un documento, un pasaporte o un número de identificación. Es como si las visibilidades prácticas de los extranjeros y migrantes alimentaran la representación en coyunturas particulares de negociación, cuando diferentes elementos de contacto y condensación, a lo Foucault, se encuentran de forma que la aceptabilidad o la no-aceptabilidad del otro se combinan con otro régimen visual reorganizado, el de los “papeles”, el pasaporte. Y la invocación a la “tierra y la sangre” revela otro significado subyacente. Señala Aime: hemos sido reducidos a plantas, condenados a estar fijados a una tierra, pero tenemos pies, no raíces, y lo sabemos. Y entonces se pregunta: “¿los fanáticos de las tradiciones

quieren que todos seamos árboles?”. Con ello denuncia la perversidad de la búsqueda obsesiva de las raíces y la noción de pureza.

Por otro lado, Aime expresa su disgusto por la hipocresía de las nociones de ciudadanía y autoctonía; las palabras vagas en torno a la “identidad”; el fundamentalismo cultural; la invocación políticamente correcta a la “tolerancia”, pues solo refleja la moral del vencedor: “no te soporto, pero te perdono”; la construcción de la categoría “clandestino” -la nueva marca de la infamia-; el tendencioso empleo de “etnia”: se dice “la etnia peruana” pero no se dice un hombre de etnia piamontesa.

Pienso que Aime consigue con esta mirada crítica articular una posición intelectual: por un lado, la coyuntura mental del momento histórico, y por otro, los principios políticos de los países con poblaciones migrantes y extranjeras en su seno. Es importante señalar que las doctrinas anglosajonas como el multiculturalismo -otra palabra comodín- promueven la etnicidad concentrada, siendo su correlato la etnicización política y diferenciación cultural, todo lo contrario a la conservación política. El modelo multicultural reconoce la desigualdad estructural de acceder a la ciudadanía. En Italia, en cambio, uno de los fenómenos más perversos y peligrosos es la “eticización” del crimen cuando en los medios se afirma que “los gitanos roban”. Y son particularmente destacables los lugares comunes aplicados sobre los gitanos indiscriminadamente por medio de generalizaciones abusivas. Ello es índice de una actualización del lombrosismo moderno, como señalaba Leonardo Piasere en relación a los gitanos en Europa. Criminalizar a supuestas “razas” y a los extranjeros en general satisface al mercado del miedo en nombre de la seguridad y contribuye a reproducir la “burbuja” confortable en la que habita el ciudadano italiano. La etnicización es flagrante cuando la nacionalidad sustituye al individuo en los titulares de los periódicos o los noticieros: “los rumanos son violadores”, “los albaneses son violentos”... de la misma forma que se decía de los italianos del sur emigrados en los años 50 al norte rico.

Las vulgarizaciones se presentan como el núcleo del imaginario para proporcionar una definición colectiva a partir de un comportamiento social (“los gitanos son nómadas”). Ello genera la imposibilidad mental del ciudadano italiano de entender la oposición entre la definición social y la apreciación de la interioridad de los extranjeros y migrantes. La observación de los extranjeros y migrantes es una representación práctica por parte de lo externo a su mundo, el cual se alimenta de este mundo percibido desde el estereotipo. De ahí se establece una brecha entre la naturaleza de las construcciones retóricas y esencialistas populares con las construcciones administrativas, generando la tentación de generalización (“todos los migrantes son iguales”). La ausencia de un discurso crítico sobre las representaciones y las categorizaciones sobre los extranjeros que no son contextualizadas es una constante que solivianta a Aime.

Frente a la violencia del racismo, Aime recuerda la lucha de los afroamericanos por sus derechos civiles, como Rosa Parks cuando se negó a cederle su asiento a un blanco en el autobús en 1955, o Muhammad Alí y su negativa a ir a la Guerra de Vietnam, o el contraste entre la lucha de las panteras negras en las olimpiadas de México y el silencio en Pekín 2008. Y concluye, “no es el racista el que asusta sino el que calla”.

El libro, bien narrado y en un lenguaje accesible a cualquier lector, es una crítica despiadada a cómo se construye la mentalidad racista, hacia ese racismo ordinario y “normal” del que hacen gala políticos, periodistas y ciudadanos que cancela la mirada y la memoria. Al final, el odio mediático acaba por opacar la positividad y otras tantas situaciones de normalidad que están presentes en las poblaciones estigmatizadas.

Tal vez al haber escrito una carta a un niño, a cualquier niño en la misma situación que Dragan, Aime revela su mayor temor: el mayor peligro es que los niños asuman los prejuicios y los conviertan en odio.

Y tal vez el estigma de los extranjeros y migrantes confirme la crisis actual y anticipe cuestiones políticas actuales.